

vivo...» Y era la verdad, y, con esta sola frase, Pedro había hecho un elogio completo de su Maestro. — Pues bien, hermanos míos, supongamos que la Santísima Virgen viene también á haceros esta pregunta á vosotros que en este momento os hallais reunidos junto á su altar : «Vosotros que me rezais con fidelidad y me invocais con confianza, ¿qué pensais de mí?...» El uno diría: »Yo he oído decir que erais misericordiosa para con aquellos que os invocaban; para mí, sois la *Madre de la divina gracia*.» Otro contestaría: «Yo deseo salvarme, sé que aquellos á quienes tomáis bajo vuestra poderosa protección no pueden perecer: yo os invoco como á *Puerta del Cielo*.» Dirían otros: «Nosotros estábamos sumidos en las penas y en la desolación, María ha venido en auxilio nuestro: para nosotros es *Consuelo de los afligidos*.» Y nosotros, pobres pecadores, nosotros que debemos á la protección de la Virgen Santísima el haber recobrado la gracia, el no haber sido arrojados al infierno, ¿bajo qué título la vamos á invocar?... ¡Ah! este título brota inmediatamente de nuestros labios, y nos complacemos en decirla: *Refugio de pecadores*, rogad por nosotros!...

Pero no es esto, hermanos míos... ¡No hemos dado á María su título más respetable, el que encierra todos los demás!... Mejor inspirados, la diríamos á esta bendita Virgen: «Para nosotros no sois solamente la Distribuidora de las gracias, la Puerta del Cielo, el Consuelo de los afligidos, el Refugio de los pecadores: por respetables que sean todos estos títulos, ellos no expresan suficientemente vuestra excelencia y vuestra sublimidad: ¡vos sois la Madre de Dios, la Madre de Jesucristo, del Hijo de Dios vivo !...» Y con esta sola frase, *Madre de Dios*, habríamos expresado todo lo que constituye la gloria y la elevada dignidad de María...

PERORACIÓN. Hace más de mil cuatrocientos años que un hereje llamado Nestorio (era el Lutero de aquel tiempo) se atrevió á disputar á María el glorioso título de *Madre de Dios*... La Iglesia se levantó indignada para protestar y arrojar de su seno al impostor, y para proclamar el más bello privilegio de la Virgen... Era en Éfeso; más de doscientos obispos, congregados de todos los puntos del mundo, después de haber confundido al miserable que osaba disputar á María el título de Madre de Dios, confirmaron la fé de la Iglesia y la augusta dignidad

de la Virgen Madre... « ¡Oh Madre de Dios, oh María, exclamaba uno de aquellos santos pontífices, nosotros os saludamos!... Tesoro augusto del universo, lámpara siempre brillante, sello de la verdadera fé, Madre y Virgen... Nosotros os saludamos, oh vos que en vuestro seno virginal llevasteis á Aquel que es inmenso é incomprendible... Sí, vos sois verdaderamente la Madre de Dios (1)... » El pueblo cristiano, dichoso al ver proclamada la dignidad de María, despidió triunfalmente á los obispos del Concilio... Y el hereje, el blasfemador de la Virgen, degradado de todas sus dignidades, desterrado de su pátria, espiraba, pocos años después, con el cuerpo roído por repugnantes úlceras y devorada la lengua por los gusanos (2)...

¡Oh María! también nosotros nos complacemos en saludaros como Madre de Dios: esta admirable prerrogativa, este título tan noble, fuente para vos de tantas gracias, lo admiramos, lo bendecimos... Él nos revela vuestro poder y nos excita á arrojarnos confiados en vuestros maternales brazos. ¡Rogad pues por nosotros, Santa Madre de Dios! *Sancta Dei Genitrix, ora pro nobis*.... ¡Así sea!

INSTRUCCION TERCERA.

LÚNES, CUARTO DIA DE MAYO.

Reflexiones sobre Jesucristo, y reconocimiento que debemos á María por habérselo dado.

TEXTO. *Mater Christi, ora pro nobis*. Madre de Jesucristo, rogad por nosotros.

EXORDIO. Hermanos míos, ¡cuán buena es la Iglesia santa, nuestra madre!... ¡Con qué condescendencia sabe proporcionar los medios de santificación hasta á los más humildes!.. Limitémosnos únicamente á lo que atañe al culto de la Virgen... Honrar á esta divina Madre de

Dios, rezarla con fidelidad, invocarla con confianza, es una señal casi infalible de predestinación, es decir, en otros términos, una prenda casi segura de que un día se alcanzará el cielo... Ved como la santa Iglesia católica nos facilita la devoción á la Virgen Santísima... Humildes mujeres, cuya primera educación ha sido descuidada; pobres niños, que desde muy jóvenes quedasteis huérfanos y ni leer sabeis... ¡no le hace! Vosotros podeis amar á la bondadosa Virgen y demostrarla vuestro cariño de una manera tierna y meritoria rezándola el rosario... ¡Y qué oración más fácil no es esta corona de *Ave Marias*, que depositamos á los pies de nuestra Madre!... Pobres ignorantes ¿deseais vosotros dar á vuestra Madre celestial los más honrosos títulos, los más dulces llamamientos? Aprended estas admirables letanías que la Iglesia la consagró: ellas encierran el elogio más completo de la Virgen María: una autoridad infalible, la de los Soberanos Pontífices, ha aplicado gran número de indulgencias al rezo de esta hermosa oración (1)...

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. Esta noche llamaré vuestra atención sobre este título: *Mater Christi*, Madre de Jesucristo... Vamos, en primer lugar, á decir algunas palabras sobre este adorable Salvador, y en segundo lugar, lo reconocidos que debemos estar á la Virgen que nos lo dió...

Primera parte. Carísimos hermanos, se nos habla con frecuencia de Jesucristo y nosotros apenas lo conocemos; se nos hablará aún de él más de una vez, y nunca le conoceremos bastante... Y ¿cómo podríamos, oh dulce Salvador, tener una idea exacta de vuestra bondad, de vuestro amor y de vuestras adorables perfecciones, si ni los mismos Angeles y Serafines no las pueden comprender?... ¿Qué ojo, hermanos míos, tendría fuerza bastante para fijarse en el sol en el resplandor del mediodía, y, sobre todo, qué hombre podría estrechar entre sus débiles brazos aquel centelleante globo?... Del mismo modo, ninguna inteligencia creada puede comprender de una manera perfecta las grandezas de Jesucristo, los inefables misterios de su naturaleza.

Como á Dios, Jesucristo es el Hijo predilecto del eterno Padre, la re-

(1) Véase *Le chrétien éclairé sur la nature et l'usage des indulgences*, por el P. Maurel, p. 152.

producción eternamente perfecta de sí mismo. *Tú eres mi Hijo muy amado*, le dice; *en ti he puesto todas mis complacencias*... Después, del inefable amor que les une procede desde toda la eternidad el Espíritu Santo, la tercera Persona divina... Jesucristo, si se me permite expresarme así, es el trazo de unión de la adorable Trinidad, solo y único Dios, en tres personas igualmente perfectas...

Como á Hombre Dios; cuántas otras maravillas igualmente incomprendibles ofrece á nuestra admiración su augusta Persona!... Por un prodigio de su omnipotencia, une á su naturaleza divina la naturaleza humana... *Madre de Jesucristo*, en vuestro casto seno fué donde se verificó este amoroso misterio... A veces, hermanos míos, para dar una idea de la bondad que Jesucristo nos demuestra en la Encarnación, he oído emplear la comparación de un rey rico, poderoso, glorioso, abandonando su trono para ir á tomar por esposa á una pobre mendiga, fea y marchitada... Esta comparación es muy imperfecta... Imposible es encontrar una que nos dé una idea exacta de la inefable maravilla realizada en el Hombre Dios... ¿Me hablais de un príncipe de la tierra que dejó su trono? ¿Este trono es eterno? ¿No puede alejarle de él la muerte; no puede derribárselo una revolución?... Pero el Hijo de Dios, mirad de donde viene... Haced penetrar vuestras miradas léjos, muy léjos en el cielo de los cielos; allí es donde reina en el seno de una gloria eterna... Ni la muerte ni la revolución pueden hacer vacilar su imperio: ¡Y éste es el trono que él deja!... Entre el príncipe y la mendiga á quien se une, es indudablemente desigual la fortuna; pero la naturaleza es la misma, y mañana la muerte puede igualmente tenderles bajo su implacable nivel... Y ¿qué es pues nuestra pobre naturaleza humana al lado de la esencia divina? Sin embargo, pobre mendiga, á tí, á todas tus miserias, exceptuando el pecado, es á quien se quiso unir el Hijo de Dios...

Segunda parte. *Madre de Jesucristo*, vos fuisteis el santuario donde tuvo lugar esta inefable unión. ¡Oh Virgen dulcísima, cuántos títulos teneis á nuestra admiración y cuánto merecis nuestro reconocimiento!... Sí, hermanos míos, María fué quien nos dió á Jesucristo... Nosotros no pensamos bastante en este beneficio, y sin embargo todo nos lo debería recordar... ¿Veis, al entrar en esta iglesia,

mo altar, la estatua de la Virgen Madre?... ¿Nada dice ella á nuestros corazones?... ¿No despierta en nosotros pensamientos piadosos?... Esta Madre, mostrándonos al Niño que tiene en sus brazos, parece decirnos: « Ved ahí á vuestro Salvador y al mío; ved ahí al Rey del cielo que, poseído de amor por vuestras pobres almas, se dignó escojer por Madre á su humilde sierva. ¡Cuán pequeño se hizo por causa vuestra!.. En nombre de vuestra salvación, os conjuro á que le adoreis, le ameis y le seais muy fieles. » ¡Madre de Jesucristo, bendita seais por estos saludables consejos, y alcanzadnos la gracia de seguirlos!...

Y ese Niño divino, ¿qué nos dice?... Mostrándonos á su Madre: « Ved ahí, nos dice, aquella cuya pureza y angélicas virtudes me hicieron descender del Cielo; á ella es á quien me debeis... Ella me alimentó con su leche, y me meció en sus brazos; demostradla vuestro reconocimiento por sus beneficios; poned en ella vuestra confianza. Es mi Madre: quiero que lo sea también vuestra... »

PERORACIÓN. Sí, hermanos míos muy amados, manifestemos nuestro reconocimiento á la Virgen María, amémosla como una Madre; ¡es tan dulce, tan ventajoso ponerse bajo su protección!... Un día de la Anunciación, una piadosa mujer conducía á la iglesia de Nuestra Señora de la Encina (*della Quercia*, en Italia, cerca de Viterbo) á su hijo de cinco años de edad... Arodillada ante la milagrosa imagen que allí se venera, consagra su hijo á María; y después, enseñándole la Virgen, le dice: « Mira, amado hijo, ésta es tu madre; yo te entrego á ella en este momento; ámala siempre de todo corazón, hónrala como á tu soberana... » Al descender la colina, en lo alto de la cual está edificada la capilla, la piadosa madre continuaba diciéndole á su hijo: « Acude á tu buena protectora en los peligros; dile: ¡Virgen María, venid en mi auxilio! y vendrá... » *Madre de Jesucristo*, dos veces librateis de la muerte á aquel niño, y, gracias á vuestra poderosa protección, llegó á ser un santo: es el bienaventurado Crispín de Viterbo (1)... Pues bien, hermanos míos, al terminar voy á repetir las palabras que aquella madre decía á su hijo: « En los peligros que podeis correr, sea tocante al cuerpo, sea respecto al alma, invocad á la Madre de Jesucristo; decidla

(1) Rivadeneyra, *Vida de los Santos*, edición Vivès, tom. V.

desde el fondo de vuestro corazón: » ¡Santa Virgen María, venid en mi auxilio!... » *Madre de Jesucristo*, seguro estoy de que atenderéis esta oración... ¡Así sea!

INSTRUCCION CUARTA

MARTES, QUINTO DIA DE MAYO

María, Madre de la divina gracia.

TEXTO. *Mater divinæ gratiæ, ora pro nobis.* Madre de la divina gracia, rogad por nosotros.

EXORDIO. Todos vosotros sabeis, hermanos míos, que la gracia divina es un don sobrenatural y puramente gratuito, que Dios nos concede para nuestra santificación... ¿Tengo necesidad de añadir que hay dos especies de gracia: una *habitual* ó santificante que, siendo la salud de nuestra alma, la hace justa, agradable y viva delante de Dios; la otra, que se llama *actual*, que no es otra cosa que una luz, un auxilio que Dios nos da para evitar el mal y hacer el bien... La gracia es tan indispensable para nuestras almas, como la sávia para las plantas... Figúraos un árbol: durante el invierno está deshojado; sin embargo está vivo: la sávia permanece en él, impide que sus ramas se sequen: es la gracia santificante que conserva la vida en el alma. Vienen la primavera y el verano, el árbol se cubrirá entonces de hojas, de flores y de frutas: es la imagen de la gracia actual, que da al alma, cuando conviene, fuerza para resistir á las tentaciones y para practicar las buenas obras. Un árbol sin la sávia está muerto: nuestras almas sin la gracia son impotentes... Pues bien, saludemos á María como á la Madre que da á nuestras almas esta sávia bendita, que se llama la gracia divina. *Mater divinæ gratiæ.* Madre de la divina gracia.

PROPOSICIÓN. No os diré que sea ella la Madre de la gracia divina, en

el sentido de que nos dió á Jesucristo, fuente y autor de toda gracia... Nó; yo os la quisiera presentar distribuyéndonos este beneficio divino, en todas las circunstancias en que lo necesitamos.

División. Para que un pecador llegue á ser justo, se necesita, *en primer lugar*, que Dios le llame; *en segundo lugar*, que lo santifique con la virtud de los sacramentos, y *en tercer lugar*, que le sostenga y le dé la perseverancia. Veamos en pocas palabras, hermanos míos muy amados, el papel que le está reservado á la Virgen Santísima en estas tres circunstancias.

Primera parte. Pecadores, ella es quien principalmente nos alcanza estos buenos pensamientos, estas firmes inspiraciones que nos impulsan á salir del pecado... Sí, ella era quien, la primera vez que dejámos el servicio de Dios, para abandonarnos á locas pasiones, nos inspiraba tan vivos remordimientos; ella era quien, despertando nuestra fé, nos hacía pasar unas horas tan agitadas, unas noches sin sueño... ¡Cuán dichosos, si hubiésemos sido fieles á aquellas inspiraciones! Nos habríamos levantado después de la primera caída, no habríamos visto abrirse bajo nuestros piés aquel abismo de faltas, en el cual estamos encenagados, y del cual tal vez jamás saldremos... Sin embargo, no hay que desesperar aún : podemos salir de tal estado... María ha recibido una gracia especial para sacarnos de él.. Su presencia y sus palabras santificaron á san Juan Bautista en el seno de su madre... Admirémos este milagro... San Juan, sepultado en la oscuridad de las maternales entrañas, es la imágen del pecador sepultado en las tinieblas y en las sombras del pecado... San Juan no podía ni ver ni oír... ¿Qué sordera hay comparable á la de un alma en estado de culpa, puesto que el Señor truena sobre ella con sus más terribles amenazas?... ¿Qué ceguedad hay semejante á la suya, cuando nada comprende de las enseñanzas tan claras y luminosas de nuestra santa religión?... María habla : á su voz, San Juan se estremece en el seno materno... ¡Virgen santa, decid también una palabra, para que nuestra alma, adormecida en el pecado, se estremezca de amor y despierte de su sueño!... ¡Alcanzados estas poderosas gracias que, transformando nuestros corazones, nos sacarán del abismo y nos conducirán de nuevo á los piés de vuestro Hijo, converti-

dos y arrepentidos!... ¡*Madre de la divina gracia, rogad por nosotros!*

Segunda parte. Después de haber despertado de su letargo al pecador, ella es también quien le santifica... A la manera de aquellos guías fieles y atentos que, no contentos con despertar á un viajero, que se había imprudentemente dormido en un sendero peligroso, le acompañan y conducen hasta el paraje que ha de ofrecerles un asilo seguro; así, oh dulce Madre de la gracia, acompañais y ayudais al pecador, hasta que los sacramentos le han hecho recobrar la inocencia y la amistad de Dios que había perdido... La estoy viendo como coje, por decirlo así, de la mano al alma que á ella se ha confiado, acompañándola á los piés de los altares, orando y llorando con ella... Ella la guía hasta el santo tribunal, la inspira esas vivas sensaciones de arrepentimiento, la dicta esas buenas y santas resoluciones que regocijan el corazón de los Angeles... ¡Ahora estás en seguridad, pobrecita alma; la Madre de la divina gracia te ha hecho recobrar la amistad de tu Dios!.. ¡Ah! procura ser fiel en adelante!..

Tercera parte. María es, además, hermanos míos muy amados, quien sostendrá á esta alma, y le conseguirá la tan preciosa gracia de la perseverancia... Ella no es solamente el Refugio de los pecadores; es también la Madre, el sostén de los justos que perseveran... Subamos un instante al Calvario, vamos á ver una conmovedora prueba de esta verdad... Mirad á ese hombre que, desolado y recojido, está de pié junto á la cruz donde va á morir Jesús; es san Juan Evangelista, imágen y modelo del cristiano que permanece fiel hasta el fin... Los demás discípulos han abandonado á Jesús!... ¡El mismo Pedro ha renegado de él!... ¡Únicamente este Apóstol, el Apóstol amado, ha seguido á su Maestro; se ha pegado, por decirlo así, á la Cruz; ha venido aquí como para morir con él... Decidme, ¿no es ésta realmente el alma fuerte, el alma perseverante?... Y Jesús moribundo le entrega á su Madre : « ¡Hé aquí tu hijo! » Vos pues, oh dulce Virgen María, sois proclamada madre de las almas fuertes y fieles, á la par que de los pecadores, de los alligidos, de los enfermos y de los débiles...

PERORACIÓN. Quiero, al terminar, mostraros á la *Madre de la divina gracia*, llenando este augusto ministerio cerca de un pecador, del cual

hizo ella un gran santo... Es san Andrés Corsino.... Éste había pasado su juventud en el libertinaje y en la perversión; pero la Santísima Virgen no quiso que un alma, que le había sido consagrada, permaneciese por más largo tiempo esclava de Satanás; atendiendo á las súplicas de la piadosa madre de Andrés, transformó el corazón de aquel jóven, y éste de lobo se convirtió en cordero.... Vos, gloriosa Madre de Jesús, no solamente le llamasteis, sinó que le ayudasteis, sostuvisteis y animasteis en su penitencia... Cuando, anegado en llanto, después de haber orado al pié de vuestra imágen, iba á hacer la humilde confesión de sus faltas, vos erais su guía... Cuando tomaba la enérgica resolución dehuir el mundo, de consagrarse por completo al servicio de vuestro Hijo, vos erais su consejera y su apoyo... *Madre de la divina gracia*, vos le concedisteis igualmente la perseverancia, y hasta pocos días antes de su muerte os dignabais aparecérosle: « Hijo mío, le decíais, un poco más de valor, y antes de dos semanas me verás en el cielo... » Y en el día fijado espiraba, lleno de confianza, invocándoos y bendiciándoos (1)....

Madre de la divina gracia, dignáos también tomarnos bajo vuestra protección... Concedednos que sintamos sinceramente nuestras faltas; que abracemos la práctica de las virtudes cristianas; ; pero sobre todo obtenednos el don de la perseverancia final!.. ; *Madre de la divina gracia*, rogad por nosotros!... ; Así sea!

(1) V. Rohrbacher, *Hist. ecles.* lib. LXXIX y *Vida de los Santos*, 4 febrero.

INSTRUCCION QUINTA.

MIÉRCOLES SEXTO DIA DE MAYO.

Amor que María profesaba á la pureza; imitar este amor.

TEXTO. *Mater purissima*, etc., *ora pro nobis*. Madre purísima, etc., rogad por nosotros.

EXORDIO. Hermanos míos, hay flores tan delicadas, tan brillantes, que uno no se atreve á tocarlas; temería uno marchitarlas, quitarlas algo de su belleza... Así sucede con la santa virtud de la pureza; uno teme hasta casi hablar de ella, por temor de marchitar su maravillosa frescura, su delicadeza exquisita... ¿ Qué más bello y más suave que esta angelical virtud?... « ; Oh castidad, exclamaba un santo (1), tú haces la alegría del alma que te posee, tú le das alas para volar al cielo... Tú calmas las pasiones, tú apaciguas las tempestades del corazón. Luz de los justos, tú eres también el terror de los demonios... Carro brillante, tú conduces hasta junto al trono de Dios á aquellos que á tí se confiaron... Tú floreces en nuestras almas y en nuestros cuerpos como aromática rosa, y embalsamas todo entero nuestro sér con tus suaves perfumes.... » Esta santa virtud, vos la habeis practicado en toda su perfección, *Madre purissima*, Madre castísima, Madre inviolable y sin mancha...

PROPOSICIÓN. Reparad, Cristianos, de qué manera insiste la Iglesia sobre la pureza de María.. Ella quiere enseñarnos, no solamente que María fué madre sin dejar de ser vírgen, sinó que además profesó el más constante cariño á esta santa virtud...

DIVISIÓN. *En primer lugar*, amor que profesó María á la pureza; *en segundo lugar*, lo que debemos hacer nosotros para imitar esta virtud de la Santísima Virgen.

(1) S. Efreml., *Sermo de castitate*.

Primera parte. Amor que María profesó á la pureza... Si quisiéramos demostrar cuánto amó María la santa virtud de la pureza, tendríamos que referir toda su vida. Detengámonos solamente en dos circunstancias. Acababa de morir san Joaquín; poco tiempo después santa Ana le había seguido á la tumba: la Virgen había dejado por un instante su retiro del templo, para dispensar á sus ancianos padres los cuidados que necesitaban y para cerrar sus ojos (1). Vedla ya huérfana á los doce años de edad: ¿qué va á hacer?.. Va á unirse más íntimamente con su Dios por medio de un voto de perpétua virginidad... Hoy, hermanos míos, que tantas almas generosas, á imitación de María, se entregan enteramente á Dios, esto nos parece poco sorprendente. Pero trasladémosnos á la época en que vivía María. Nadie había tenido jamás la idea de un compromiso semejante... Más aún; la esterilidad era considerada como un oprobio... « ¿Quién pues, oh Virgen prudente, exclama san Bernardo (2), quién pues os enseñó que la virginidad era agradable á Dios?.. » Unicamente el amor es el que reveló á aquella jovencita que el Amado se complace en medio de los lirios, y desde entonces sintióse poseída de un amor cada vez más ardiente por la pureza; ella juró ante Dios y ante sus Angeles que crecería en su presencia como un lirio puro y para siempre inmaculado...

Pocos años después, volvemos á encontrar á María en Nazareth, en la humilde casa de san José, su virginal esposo... José trabaja... La Virgen está sola, recojida delante de Dios (3)... De pronto un enviado celestial viene, de parte del Altísimo, á anunciarla que será la madre de Jesús... Túrbase ella al oír esta nueva... ¿Cómo, Virgen santa, esta tan deseada dicha de ser la madre del Mesías no os podía conmover agradablemente?.. En vez de aceptarla con transportes de alegría, preferís á ella el amor de la pureza santa... « ¿Cómo puede realizarse esto que me anuncias, dice ella al Arcángel, cuando yo he prometido á Dios mantenerme virgen?... *Quomodo fiet istud* (4)?.. ¡Yo, madre del Mesías!.. Nó, bástame ser su humilde sierva: más quiero conce-

(1) *Vie de la sainte Vierge*, por el abate Bégel, vol. 1^o.

(2) Tercera homilia sobre *Missus est*.

(3) *Vie de la sainte Vierge*, c. XII.

(4) Luc., I, 34.

birlo en mi corazón, que concebirlo en mi seno... Si, para ser madre de Jesucristo, hay que faltar á las promesas que tengo hechas al Altísimo en su santuario, cedo este honor y esta bendición á otra cualquier hija de Judá... » Nó, Madre purísima, no prosigais en vuestra casta zozobra; este prodigio se realizará en vos, sin que vuestra pureza sufra el menor menoscabo, y, lo mismo antes que después, sereis siempre la Virgen inmaculada... Pero, Cristianos, ¿veis cuán delicado amor hácia la santa virtud?..

Segunda parte. Para agradar á la *Madre purísima*, para merecer su protección, es preciso que, á ejemplo suyo, amemos la virtud de la pureza y la practiquemos de conformidad con la condición en que la Providencia nos ha colocado... Vosotros conocéis plantas que reclaman innumerables cuidados para abrirse con toda su belleza... El invierno, el frío las haría morir; los vivos ardores del sol las marchitarían durante el estío... Sus hojas se agostan si la sequedad es excesiva; se pudren sus raíces si es demasiada la humedad... Es la imágen de las precauciones que se requieren para conservar la santa virtud de la pureza: huir toda ocasión, toda compañía donde ella estuviera expuesta; evitar las conversaciones, las muelles complacencias que, socavándola paulatinamente, acaban por destruirla.

Si nosotros amamos de veras la pureza, buscaremos los medios de defender y conservar intacta en nosotros esta hermosa virtud... Yo no puedo hacer más que indicaros algunos de estos medios. No os hablaré de la frecuencia de los sacramentos; no obstante, sabemos, oh Dios de la Eucaristía, que vos sois la fuerza de las almas débiles, el auxilio infalible de los corazones probados por la tentación, el vino celestial que produce las vírgenes, *vinum germinans virgines* (1)... Un pagano decía (2): « La mayor parte de las acciones malas no se cometerían si se estuviera siempre delante de testigos... » Recordemos, hermanos míos muy amados, que estamos siempre bajo las miradas de Dios, de la Virgen María y de nuestro Angel custodio, y, tengámoslo por seguro, la presencia de estos tres testigos, que leen en el fondo de nuestros

(1) Zacar. IX, 17.

(2) Séneca, *Epíst.*

corazones, será para nosotros un eficaz auxilio en el momento de la tentación...

Es menester también recurrir á la oración y resistir á la tentación en cuanto se presenta... Poco tiempo después de la muerte de san Francisco de Asís, algunos religiosos celebraban juntos una conferencia... ¿Cómo se tenía que hacer para resistir á las tentaciones y conservar la santa virtud de la pureza? Tal era la cuestión que se trataba de resolver. — Yo, dijo el primero, considero la fealdad, la ignominia del vicio opuesto, y me digo : Hasta los mismos libertinos se darían vergüenza de entregarse públicamente á sus desórdenes : un corazón honrado, un alma que se respeta, ¿cómo osaría olvidar una virtud que hace su gloria y su felicidad?... — El segundo contestó : Yo, en el momento de la tentación me postro á los piés de la Virgen María, y no ceso de implorarla llorando hasta que ha pasado el peligro... — Por último, un tercero añadió : Pues yo, en cuanto se presenta la tentación, la cierro la puerta de mi alma con buenos y saludables pensamientos. Le digo á Satanás : « Atrás, miserable, no hay sitio aquí para tí; mi corazón está ocupado, lo posee la pureza santa. » El bienaventurado Gil, que asistía á dicha conferencia, la terminó con estas palabras : que el oponerse á la tentación era efectivamente el mejor medio de triunfar de ella (1).

PERORACIÓN. Madre purísima, sí, vos amais los corazones castos; os complacéis, como vuestro Hijo, en medio de los lirios... Una tierna devoción hacia vos, es también uno de los medios más seguros para conservar esta virtud. ¡ Cuántas veces, en medio de una de las más terribles tentaciones, habeis preservado á las almas que á vos han acudido!... Cierta día, una piadosa jóven, de una belleza extraordinaria, fué introducida, á pesar suyo, cerca del rey de Francia Carlos VIII, que guerrearaba entonces en Italia... Este príncipe, que contaba entonces veinte y cinco años de edad, lanzaba ya sobre aquella víctima ávidas miradas... Al verse perdida, la pobre niña cayó de rodillas á los piés de una imágen de María, que se encontraba en aquella habitación. « ¡ Príncipe, exclamó, en nombre de la Virgen Santísima, os conjuro á que no abuseis de mi desgracia! » El rey, sorprendido, se paseó un instante por la cámara, re-

(1) Surius, Vita beati Ægidii, 23 abril.

pitiendo estas palabras : ¡ *En nombre de la Virgen Santísima!*... Jamás había leído estas palabras á la cabeza de los memoriales que se le presentaban... « Pues bien, dijo, hija mía, seréis respetada en nombre de la Virgen Santísima, pero dignaos rogarla por mí. » Y, mandando buscar entre los prisioneros al padre de aquella piadosa jóven, se la entregó sin que la hubiese hecho sufrir el menor ultraje (1)...

Vos sois, oh Virgen inmaculada, la que protejisteis á aquella niña; en aquel apremiante peligro, no en vano invocó ella vuestro bendito nombre... Dignaos alcanzarnos á todos un amor profundo y constante por esta santa y bella virtud de la pureza... Sed también nuestro refugio en medio de las ocasiones á que estamos expuestos; ayudadnos á triunfar de las tentaciones que trataren de empañar en nuestras almas la hermosura de esta admirable virtud. *Madre purísima, rogad por nosotros. Mater purissima, ora pro nobis.*

INSTRUCCION SEXTA

JUEVES, SEPTIMO DIA DE MAYO

Madre amable; cualidades que debe tener nuestro amor por María; debe ser tierno, constante y generoso.

TEXTO. *Mater amabilis, Mater admirabilis, ora pro nobis.* Madre amable, Madre admirable, rogad por nosotros.

EXORDIO. ¡ Cuán bien la sientan, carísimos hermanos, estos títulos á la Virgen Santísima!... ¿ No es digna de nuestra admiración esta bendita Criatura, obra maestra de la omnipotencia divina? ¡ Inmaculada en su concepción, adornada de todas las virtudes, santuario bendito donde se

(1) *Histoire de France* por de Genoude, t. XI, pág. 1